

egoistas; porque hay que tener presente que Juan de Leyden acabó su vida agitada antes de la edad de treinta años. Hijo de una familia labradora de Holanda, antes de hacerse anabaptista se había dedicado sucesivamente al oficio de sastre, comerciante, tabernero y cantador ambulante. Supo ponerse en lugar del acuchillado Mathtys con gran energía y destreza, y en poco tiempo se transformó en realidad en rey

de la comunidad anabaptista, valiéndose de un profeta de Warendorf, llamado Dusentschur, que pretendía haber recibido una revelación divina. Los demás individuos gobernantes, sin consultar al pueblo de Munster, declararon á aquel fanático ambicioso «rey de la justicia.» Juan el Justo, sentado en el trono de David para gobernar no solamente la ciudad de Munster sino todo el ámbito de la tierra. Como ver-



Juan de Leyden

Copia de un grabado en cobre hecho en 1536 por Enrique Aldegrever (1502 á 1562)

dadero sastre, se atavió é hizo vestir á su comitiva del modo más fantástico. Desde entonces se volvieron á animar las calles de Munster con el gran aparato real; mas para sostenerse en su efímero trono se valió Juan de Leyden del terror, como los miembros de la Convención en la Revolución francesa. Contra los principios comunistas supo granjearse partidarios haciéndoles participar de su ostentación y vida reglada y se creó inmediatamente una guardia de corps. Esto y la calculada alternativa de afabilidad é inaccesibilidad personal eran pruebas de que Juan de Leyden había nacido para tirano, y habría sido sujeto digno de estudio para Maquiavelo, por representar una especie completamente nueva y extraña de un regente ilegítimo. A este rey y á su pueblo debía de parecer entonces su existencia una cosa inconcebible

y milagrosa, pues si no era fácil, como ellos se habían figurado, arrasar los campanarios de las iglesias de su pretendida nueva Jerusalén, se hallaban, sin embargo, completamente abandonadas las iglesias y convertidas en objeto de las burlas de aquellos fanáticos, que llenaban la plaza y el patio de la catedral, al cual llamaban su monte Sion y era el teatro de sus éxtasis, de sus sermones fantásticos y de las escenas extravagantes de su tribunal y corte real. Allí se reunía, al resonar las trompetas del Señor, todo el pueblo, hombres, mujeres y niños, para ver á su rey armado de punta en blanco, á caballo y con una corona de exagerada altura en la cabeza. Allí se efectuaron las revistas, los simulacros de combate y la gran comunión; en la cual el rey y la reina servían á los hermanos y hermanas. Allí proclamó el mismo rey Juan

desde su elevada silla que Dios le había destituido, y seguidamente Dusentschur, en virtud de una orden divina, le restituyó la dignidad real. Allí se servían al rey al són de las trompetas los manjares, hasta que después de haber comido opíparamente se apoderaba de él el espíritu anabaptista y hacía llevar á su presencia á un soldado enemigo y prisionero para decapitarle con sus propias manos delante de todos sus comensales. Existía, sin embargo, un gran peligro perma-

nente para este rey en las manifestaciones singulares é imprevistas del espíritu anabaptista. Por ejemplo, Knipperdollinck (el ex-jefe de la democracia de Munster) trató un día de destituir al rey y á su gobierno corriendo en la plaza pública como un loco, gritando y bailando, para declararse finalmente á sí mismo el rey legítimo. Juan de Leyden había contestado hasta entonces á esta clase de tentativas procediendo por su parte también como un demente; pero no se



Bernt Knipperdollinck

Copia de un grabado en cobre hecho en 1536 por Enrique Aldegrever (1502 á 1562)

atrevió á enemistarse con Knipperdollinck, y se reconcilió con él, después de haberle tenido algún tiempo preso. Da una idea del estado lamentable del imperio alemán el hecho de haber quedado casi durante un año el obispo de Munster abandonado y reducido á sus fuerzas propias é insuficientes enfrente de aquella revolución comunista, que no pudo dominar á pesar del auxilio pecuniario que le facilitaron otros miembros católicos del imperio. En 1534 los anabaptistas rechazaron victoriosamente dos ataques capitales y en el mes de octubre del mismo año enviaron veintiocho apóstoles á todas las cuatro partes del mundo para anunciar la llegada del rey de Sion; mas solo la ciudad de Warendorf aceptó la «paz» ofrecida, y en todas las demás partes fueron encarcelados y ajusticiados aquellos apóstoles, sin que la tierra se

tragara á ninguna de aquellas poblaciones, como había pronosticado Dusentschur.

Entonces se efectuó un cambio, como dice con razón Cornelius. Las discusiones de los miembros del imperio vecino y del imperio mismo respecto del asunto de Munster se alargaron durante mucho tiempo, hasta que la asamblea del círculo reunida en Coblenza (diciembre de 1534) y el parlamento de Worms (abril de 1535) concedieron los recursos pecuniarios indispensables para continuar el sitio de la ciudad y dieron el mando de las fuerzas sitiadoras al conde Wirich de Dhaun y Falkenstein. No faltaron tampoco esfuerzos de parte de los luteranos para llegar á un arreglo amistoso, á fin de impedir que los miembros católicos del imperio conquistaran para su religión la ciudad sublevada;

y el mismo obispo pareció durante algún tiempo dispuesto á conservar en Munster la Reforma segun el deseo del landgrave; pero los anabaptistas rechazaron toda mediación de los miembros del imperio, y al mismo tiempo recordaron tarde la necesidad de ponerse en relacion con sus correligionarios de otras partes, ya que en todo el bajo Rhin y en los Países-Bajos habia numerosísimas comunidades anabaptistas, grandes y pequeñas, las cuales estaban poseidas de entusiasmo por el nuevo reino de Dios fundado en Munster. Los escritos de Rothmann acerca de la reforma radical y de la venganza, circulaban en manos de la masa del pueblo, excitándole en términos bíblicos á ejercer la pena del talion. Los revolucionarios se lisonjaban con la esperanza de que algunos príncipes se pondrían de su parte voluntariamente, y hasta en la corte anabaptista corrían voces de la conversión de los reyes de Francia, Inglaterra y Escocia. Sobre todo aquellos fanáticos contaban con el landgrave de Hesse, «como amable protector de la verdad;» pues era el único señor territorial alemán que habia vacilado en aplicar la pena de muerte á los fanáticos anabaptistas, y el rey Juan, de Munster, le escribió una carta confidencial llamándole su «querido Felipe.»

Mas importantes que todas estas tentativas vanas fueron los proyectos de una expedición de auxilio para hacer levantar el sitio de Munster, proyectos que hacía últimos del año se propagaron en los Países-Bajos y en el territorio de Cléveris. Este movimiento de auxilio no estalló, sin embargo, en Amsterdam, que era el foco de aquel fanatismo anabaptista, cuyos adeptos, desnudos y siniestros, brincaron y saltaron entonces por las calles en medio del invierno, lanzando exclamaciones lúgubres y habiendo echado súbitamente todos sus vestidos al fuego, siguiendo el ejemplo de uno de los suyos, vecino de la ciudad, llamado entre ellos *el Niño*. En enero fueron sofocadas las sublevaciones armadas en Groninga y Leyden, y en marzo en la Frisia occidental, en Deventer y en Warfum. En mayo se levantaron los anabaptistas en Amsterdam, capitaneados por un apóstol de Munster llamado Geel; pero también fué sofocada esta sublevación, despues de un combate tenaz, siendo ejecutados con refinada crueldad los revolucionarios que no habian muerto en la lucha. El destino de Munster estaba ya decidido entonces; pero á pesar de ser presa del hambre la población desde algunos meses antes, Juan de Leyden y sus adeptos la tuvieron sujeta con puño férreo, haciendo cortar cabezas á docenas; mientras el pueblo bajo procuraba resistir el hambre comiendo hierba, cuero hervido y otras cosas menos alimenticias todavía. El mismo rey estuvo al fin dispuesto, como dijeron sus consejeros á un enviado del landgrave, á renunciar á su encumbrada posición terrenal; pero las cosas habian llegado á un extremo tal, que no era posible retroceder. Tan bien organizado estaba el imperio del terror y tan amortiguado el ardor de los sitiadores que fué menester la traición de dos tráfugas, uno de los cuales fué aquel Gresbeck, para que los sitiadores se decidieran á intentar una sorpresa en la noche del 24 de junio. Aun así, aquella sorpresa estuvo á punto de fracasar, y hasta la tarde del día siguiente no se rindieron los últimos defensores. Su aspecto era lastimoso; parecían espectros, y mas bien esqueletos que cuerpos vivos. El rey, su lugarteniente Knipperdollinck y su canceller Krechtinck cayeron vivos en poder de los vencedores y fueron ejecutados en la misma plaza de Munster, despues de una larga prision, en 22 de enero de 1536. El destronado rey de la nueva Jerusalem opuso á los indecibles tormentos con que fué martirizado, pues fueron destrozadas sus carnes con tenazas candentes, el valor heroico de los mártires fanáticos, implorando, aun en el patíbulo, á Dios

Padre. Los cuerpos de los ajusticiados, encerrados en jaulas de hierro, quedaron expuestos durante siglos en lo alto de la torre de San Lamberto; y la ciudad de Munster quedó perdida para el protestantismo á pesar de los esfuerzos del landgrave de Hesse y de otros potentados protestantes.

El movimiento fanático anabaptista habia concluido y los epilogos carecieron de toda importancia, como el originado por Battenburg, que se tituló rey y que fué ajusticiado en el año 1538, y por el pietista David Joris, que se levantó en los Países-Bajos y permitió que sus adeptos, y entre ellos su propia madre, recibieran la muerte, mientras él trataba de salvar su vida bajo un nombre supuesto y fingiéndose protestante ortodoxo. Murió en 1556 y reanimó la tendencia apocalíptica en el obispado de Munster; pero un anabaptista, el frison Menno Simons (que murió en 1561), acabó con todas aquellas locuras y purificó lo que habia quedado de la secta anabaptista, que gracias á sus esfuerzos ha continuado existiendo, bien que muy modestamente, hasta la época actual.

Mas trascendental fué la introducción de la religion anabaptista en Inglaterra, como hemos dicho ya; pero en Alemania habian perdido toda esperanza de existencia no solamente la secta anabaptista sino todo el radicalismo reformista, sin exceptuar á los partidarios aislados del subjetivismo místico, que no querían reconocer ninguna Iglesia para conservar su independencia religiosa. Entre estos figuraron hombres como Schwenckfeld y Franck, que podían contarse entre los mejores hijos de su nación, á pesar del ludibrio que de ellos hizo Lutero en su intolerancia. Habria sido una prueba muy triste para la Alemania del siglo XVI que todas las inteligencias originales é independientes que se separaron del catolicismo se hubiesen sometido ciega é incondicionalmente al reformador de Wittenberg, y que la libertad intelectual completa y el odio á toda servidumbre de la conciencia no hubiesen encontrado ningun abogado bajo la presión de la nueva Iglesia reformista.

Gaspar Schwenckfeld de Ossing, místico, devoto y escritor, era noble, natural de Silesia; fué perseguido igualmente por los católicos que por los luteranos, y recorrió la Alemania meridional, adquiriendo con sus sermones gran número de adeptos, entre ellos muchos predicadores protestantes. Fué un precursor verdadero del pietismo y se rozó mucho en sus doctrinas con los anabaptistas; murió en 1561. Como él perteneció Sebastian Franck de Donauworst á los místicos radicales, á pesar de predicar contra las debilidades de las sectas. Hase le llama «caballero de la razón,» porque además de su notable talento para poner al alcance del pueblo sus especulaciones profundas, lo que le acerca mucho á Lutero, se le parecia también en su propaganda incansable. Hubo de ganarse la vida penosamente como jabonero é impresor á fin de vivir independientemente del pueblo, al cual comunicó así sus ideas religiosas sin pedirle nada en cambio. Fué perseguido por los fanáticos ortodoxos luteranos, lo cual dió á las críticas que hizo de su época, de la Reforma y de sus héroes y notabilidades un carácter muy pesimista junto con un amor á la verdad incorruptible. Sus escritos, y en primer lugar su «Crónica y Biblia histórica,» publicada en 1531, son una verdadera mina de observaciones, cuya ingenuidad y finura sorprenden á menudo, no obstante la superficialidad de la mayor parte de sus estudios históricos y geográficos. Se le ha calificado como fanático de la independencia, rasgo bastante frecuente en las personas mas notables del Renacimiento y que impidió á este varon el hacer justicia á su época, llena de lucha y que pedia caracteres enérgicos. A pesar de sus defectos no puede negársele el mérito de que en lugar de poner su talento al servicio de la corriente dominante,

## CAPITULO VII

## LA LUCHA POR LA DINAMARCA

eligió la vida dura y penosa de un hombre puesto fuera de la ley, á fin de poder decir á su época su opinion sincera. Así acertó en realidad á señalar el cáncer de la reforma religiosa alemana cuando criticó la sustitución del Papa personal por otro Papa de papel, ó sea la devoción material por la devoción de la palabra, que le hacia encontrar en las nuevas iglesias menos libertad religiosa, de palabra y de fe que entre los paganos y turcos. Así dice en un pasaje que el mundo ha de tener un Papa, quiéralo ó no, aunque lo hubiese de robar ó sacar de las entrañas de la tierra, en cuyo servicio pudiese crear cuanto éste, su Papa, le dijera; y si le volviesen á quitar este Papa, cada día se buscaría otro. Franck fué enemigo de toda autoridad religiosa humana, reconociéndola no obstante como un mal necesario. Rechazó todas las ceremonias, que calificó de judaismo y particularmente los sacramentos. Las polémicas y disputas dogmáticas eran para él juegos de manos, y toda fundación de Iglesia nueva una obra de secta y por consiguiente parcial, diciendo: «Yo considero, como San Pedro, hermanos míos á cuantos en todos los pueblos del mundo buscan á Dios.» Su creencia de que nadie habia adivinado la verdad, debia conducir necesariamente á una tolerancia completa; y por eso condena toda revolución, no obstante sus ataques teóricos contra la Iglesia, el Estado y la propiedad. Era aquel santo varon un discípulo legítimo del misticismo de la Edad media de Tauler y de la teología alemana, lo cual no impide que por su idealismo incorregible fuese un verdadero revolucionario. También lo habia de esta especie en el campo católico, como por ejemplo Teofrasto Bombasto Paracelso de Hohenheim (que murió en 1541), médico de gran talento y aficionado al éxtasis místico, el cual, fiel á su lema, *alterius non sit qui sui esse potest*, comparó á los dos adversarios, á Lutero y al Papa, con dos ramaras que se llenan de denuestos á pesar de ser igualmente culpables. Este autor se levantó con su filosofía natural y fantástica sobre todas las disputas dogmáticas, diciendo que el creyente que no es filósofo no puede ser sabio en la fe; que es rico aquel que reconoce á Dios en sus obras y que cree en Dios por estas mismas obras, y no como el ciego que cree en el color sin saber lo que es. Otro platónico por el estilo de Paracelso fué Agripa de Nettesheim, que sin querer sacrificar la Iglesia romana al invencible hereje Lutero, rechazó la ingerencia de la Iglesia en su magia religiosa del conocimiento y comunidad de Dios, y dirigió sañudos ataques á la nobleza y á los soberanos. Todos estos revolucionarios científicos y eruditos tuvieron sus puntos de contacto con el radicalismo reformista.

Ranke, al exponer el carácter de Paracelso, ha emitido un juicio aplicable á muchos otros personajes de esta clase, que, segun él, ha producido en bastante número la nación alemana y que se distinguen por su rara erudición, sus ideas y sentimientos profundos, su sobriedad, indocilidad y fantasía; pero que todo lo exageraron, como en este mismo libro hemos visto que exageró mas de un jefe del radicalismo reformista.

Ranke reconoció la afinidad interior de todos estos elementos producidos por la fermentación social, diciendo que las inspiraciones de Munzer, las tentativas socialistas de los anabaptistas y las teorías de Paracelso son tan afines, que reunidas hubieran cambiado la faz del mundo.

Nos falta considerar todavía un movimiento cuya alianza con el anabaptista hubiera conducido al triunfo, á lo menos pasajero, de la democracia sobre la autoridad de los soberanos, á saber: la revolución de la clase media en el Norte de Alemania. También faltó á esta revolución como á la sublevación de los campesinos la primera condición indispensable á su triunfo, la unidad de acción.

En el tercero y cuarto decenio del siglo VI se introdujo en el Norte de Europa un cambio radical en las condiciones eclesiásticas y políticas. Con la introducción de la reforma religiosa en la Escandinavia coincidió la agonía del dominio marítimo de la liga anseática. Con esta lucha se enlazaron los intereses encontrados de los príncipes y de las ciudades alemanas, además de la política imperial y de otros infinitos intereses. En último término giró la gran contienda sobre el dominio del Báltico, en el cual se habian sucedido sucesivamente, como dice Dietrich Schafer, los alemanes, los holandeses y los ingleses. Se ha tratado de explicar la decadencia de la liga anseática por infinidad de motivos y razones; pero si bien á fines del siglo XIV la unión de los reinos escandinavos habia herido de muerte al poder anseático, y aunque prescindiendo de muchos ataques menores el comercio del Norte de Alemania experimentó una gravísima derrota con el cierre de su factoría de Nowgorod, se sostuvo esta liga por medio de su dominio sobre el estrecho que separa el Báltico del mar del Norte y solo murió al perder este dominio. El que ejerció el comercio alemán sobre aquel estrecho, tuvo por base la dependencia política de Dinamarca de la liga anseática. Quebrantada esta dependencia se emancipó necesariamente la Holanda y despues de ella el comercio inglés del pesado yugo del monopolio mercantil del comercio alemán, lo que abrió á aquellas dos naciones el Báltico con las dilatadísimas comarcas que abastecía aquel comercio; de suerte que puede decirse que la provision del trono de Dinamarca, del que habia tratado de apoderarse en otra época la ciudad de Lubeck, contribuyó á cambiar las posiciones políticas, no solamente de Escandinavia y de la liga anseática, sino también de los Países-Bajos y de Inglaterra.

Desde antigua fecha habia sido la ciudad de Lubeck la reina del Báltico, á cuyos alcaldes trató el emperador Carlos IV de «señores,» es decir, de potentados; y en efecto, esta ciudad fué, tanto en la liga anseática como en la liga mas reducida de las ciudades vendas, la que dominaba; solamente que la organización de la liga anseática jamás habia sido sólida, y debia suceder irremisiblemente que sus miembros mas occidentales como Colonia y despues de esta ciudad los holandeses, empezaran á atender á sus intereses sin tener en consideración al grupo propiamente báltico.

Ya en el siglo XV se ocuparon los holandeses en penetrar á cualquier precio en el Báltico, del cual estaban excluidos, encontrándose en este punto con su aliada natural, la Dinamarca, tanto en concepto mercantil como en el terreno de la independencia y libertad nacionales, porque la pretensión de la liga anseática de imponer su asentimiento á todo cambio del trono de Dinamarca era igualmente insoportable que el rígido egoísmo con que la liga rechazaba todo cercenamiento de su monopolio comercial. Los miembros de la liga declararon una vez en Inglaterra que no consentirían el menor ataque á sus privilegios, que eran tales que no podían ser anulados ni reducidos. No obstante, su sistema de comercio, con los depósitos forzosos y las compras al contado, era anticuado, en vista de la tendencia creciente á facilitar las comunicaciones mercantiles, y al mismo tiempo empezaba á ser dudosa en muchos casos la proverbial rectitud del comerciante alemán.

La ciudad de Dantzig se habia librado ya de la tutela de la liga entrando en tratos directos con Inglaterra; y Lubeck, desde la caída de Nowgorod (1494), no pudo sostener su hegemonía frente de Dantzig, la mediadora mercantil en-